

ISABEL.—No me conviene visitarla en la humillación y la miseria, estando unida á mí por los lazos de la sangre. Dícese que nada regio la rodea, y, presenciario yo, es exponerme á una reconvencción.

LEICESTER.—No es necesario que os acerquéis á su prisión. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve á maravilla. Hoy se celebra una gran cacería, con cuyo pretexto llegaréis á Fotheringhay. María Estuardo puede encontrarse en el parque, en donde penetráis como al azar. Que nada de esto parezca preparado de antemano, y si no os agrada, no le habláis...

ISABEL.—Si cometo una locura, vuestra es, no mía, Leicester. No quiero hoy oponerme á ninguno de vuestros deseos, porque, entre todos mis súbditos, habéis sido hoy el más atormentado por mí. (Mirándolo tiernamente.) ¡Aunque sea un capricho vuestro! Así pruebo mi bondad, aprobando libremente en apariencia, lo que en realidad no apruebo. (Leicester se arroja á sus pies, y cae el telón.)

ACTO III.

La escena representa un parque, con árboles en primer término, y detrás lejana perspectiva.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA se presenta entre los árboles, andando á paso rápido
ANA KENNEDY la sigue lentamente.

ANA.—Corréis, ó más bien voláis, y no os puedo seguir.
¡Esperad!

MARÍA.—Déjame disfrutar de mi nueva libertad; déjame volverme niña, y, sólo tú también, y, sobre el verde tapiz del prado, probar mis pasos ligeros, como si tuviese alas. ¿He abandonado al fin mi oscura prisión? ¿No me guarda ya esa lúgubre tumba? Deja que respire, en mi sed ardiente de libertad, con todo mi pecho, el aire libre, el aire del cielo.

ANA.—¡Oh, mi querida señoral! Vuestra cárcel se ha ensanchado sólo algún tanto; y si no veis las murallas que nos encierran, consiste en que el follaje de los árboles las ocultan.

MARÍA.—¡Gracias, gracias sean dadas á estos verdes y

buenos árboles, que me ocultan los muros de mi prisión! Quiero creer que soy libre y feliz; ¿para qué, pues, arrancarme de mis alucinaciones? ¿No me rodea la inmensa bóveda del cielo? Mis ojos, sin estorbos, recorren horizontes sin fin. Allí, en donde se alzan esas montañas sombrías y nebulosas, comienzan las fronteras de mi reino, y esas nubes, que corren hacia el Mediodía, buscan el lejano mar de Francia. Nubes rápidas, bajeles aéreos, ¡quién viajara con vosotras, y en vosotras navegase! ¡Saludad en mi nombre cariñosamente al país, en donde se deslizó mi juventud! Soy prisionera, sujeta por cadenas, y no tengo otros mensajeros, ¡ay de mí! Libre es en los aires vuestra carrera; no estáis sometidas á la Reina de Inglaterra.

ANA.—¡Ah, querida señora! ¡Estáis fuera de vos! Esa libertad, tan ansiada, os hace delirar.

MARÍA.—Un pescador maneja allí su barca. Su miserable lancha pudiera salvarme, y llevarme con prontitud á una ciudad amiga. Con trabajo facilita el sustento á su familiar dueño. Yo lo abrumaría con tesoros; jamás habría empleado tan bien el día; encontraría la fortuna en sus redes, si me llevase en su barquichuela salvadora.

ANA.—¡Vanos deseos! ¿No veis que espían nuestros pasos desde lejos? Órdenes terribles y crueles alejan de nuestro camino á toda criatura compasiva.

MARÍA.—¡No, buena Ana! Créeme: algo significa que se hayan abierto las puertas de mi cárcel. Este favor ligero del azar me anuncia otros más graves. No me equivoco. Es á la mano bienhechora del amor á quien lo debo. Veo en esto la poderosa influencia de lord Leicester. Poco á poco se ensancharán los límites de mi prisión. Pasaré de lo menos á lo más, hasta que al fin contemple yo el rostro de quien ha de quitarme para siempre mis cadenas.

ANA.—¡Ah! No puedo entender esta contradicción. Ayer se os anunciaba la muerte, y hoy se os da de repente este

consuelo. También, según he oído decir, se sueltan las esposas á quienes espera la libertad eterna.

MARÍA.—¿Oyes el sonido de la trompa de caza? ¿Lo oyes resonar con vigor en campos y montes? ¡Ay de mí! ¡Que no montara yo un ardiente corcel, y me agregara á los cazadores! ¡Todavía más? Esos sonidos familiares me traen á la memoria tristes recuerdos. Llegaban con frecuencia á mis oídos, y me colmaban de alegría, en los matorrales de las altas montañas, y en medio del tumulto de la fiesta.

ESCENA II.

LOS MISMOS, y PAULET.

PAULET.—¡Vamos! ¿Hice al cabo bien, milady? ¿Merezco alguna vez vuestra gratitud?

MARÍA.—¿Cómo, caballero? ¿Os debo este favor? ¿Sois vos...?

PAULET.—¿Por qué no he de ser yo? Estuve en la corte, entregué vuestro escrito...

MARÍA.—¿Lo presentasteis? ¿Es cierto que lo habéis hecho? Y esta libertad, de que gozo, es efecto de mi carta...

PAULET. (Con intención.)—Y no el único. Os espera otro mayor.

MARÍA.—¿Mayor, caballero? ¿A qué aludís?

PAULET.—¿Oís, no obstante, las trompas...?

MARÍA. (Retrocediendo inquieta.)—¡Me asustáis!

PAULET.—La Reina caza cerca de aquí.

MARÍA.—¿Cómo?

PAULET.—La veréis dentro de poco.

ANA. (Corriendo en auxilio de María, que vacila y parece pronta á desmayarse.)—¿Qué tenéis, señora querida? ¡Palidecéis!

PAULET.—¿Tengo razón, ó no? ¿No lo deseabais? Lo habéis logrado antes de lo que pensabais. Ya que otras veces teníais tan suelta la lengua, preparad vuestras palabras, porque es ocasión de hablar.

MARÍA.—¡Oh! ¿Por qué no me lo avisaron? ¡Ahora no me siento dispuesta á esa entrevista; ahora no! Lo que solicité suplicante como el favor más señalado, paréceme temeroso y horrible... Ven, Ana, llévame á la casa para reanimarme y tranquilizarme.

PAULET.—¿Quedaos aquí! Es menester que la esperéis. Mucho, mucho os angustia comparecer ante vuestro juez.

ESCENA III.

LOS MISMOS y el CONDE DE SHREWSBURY.

MARÍA.—¡No es por eso, Dios mío! He variado de opinión... ¡Ay de mí, noble Shrewsbury! Algún ángel del cielo os trae ahora aquí... ¡No puedo verla! ¡Guardadme de su odiosa presencia! . .

SHREWSBURY.—¡Cobrad ánimo, Reina! Apelad á toda vuestra energía. He aquí el momento decisivo.

MARÍA.—He esperado largo tiempo... años enteros me he preparado; me lo he dicho todo, lo he grabado en mi memoria para persuadirla y conmovérla. Todo se ha desvanecido de improviso; todo lo he olvidado, y nada resta en mí en este instante más que el vivo recuerdo de mis dolores. Con odio implacable se revuelve contra ella mi corazón; mis buenos pensamientos huyen en tropel, y los espíritus infernales con su sombrío aspecto me cercan por todas partes, sacudiendo sus cabezas de serpientes.

SHREWSBURY.—Reprimid vuestra ira impetuosa; dulcificad

la amargura de vuestro corazón. Nada provechoso puede resultar del choque de un odio contra otro. Por grande que sea la repugnancia que experimentéis en vuestro interior, acomodaos á las circunstancias. Ella es la poderosa... ¡Humillaos!

MARÍA.—¿Ante ella? ¡Imposible!

SHREWSBURY.—Hacedlo, sin embargo. Habladle con respeto, con resignación. Invocad su magnanimidad, no la desafiéis; nada digáis de vuestros derechos, porque la coyuntura no es propicia.

MARÍA.—¡Ay de mí! ¡He pretendido mi ruina, y mi mayor anhelo se ha trocado en maldición! ¡Nunca, nunca debíeros veros! Nada, nada grato será su fruto. Más fácil fuera que el fuego y el agua se juntaran en amoroso lazo; más que el cordero acariciara al tigre... Harto se me ha ofendido... ella me ha hecho penar demasiado... Imposible es nuestra reconciliación.

SHREWSBURY.—¡Vedla tan sólo! Testigo fui de la emoción, que experimentó al leer vuestra carta, y sus ojos se inundaron de lágrimas. No, no es insensible; confiad más en ella... He aquí el motivo de haberme adelantado, para que os reanimaseis, y anunciaros su llegada.

MARÍA. (Estrechando su mano).—¡Ah, Shrewsbury! Siempre fuisteis mi amigo... ¡Ojalá que permaneciera bajo vuestra guarda paternal! ¡Me han maltratado, Shrewsbury!

SHREWSBURY.—¡Olvidadlo todo! Ocupaos únicamente en recibirla con amabilidad.

MARÍA.—¿Está también con ella Burleigh, mi mal ángel?

SHREWSBURY.—Nadie le acompaña más que el Conde de Leicester.

MARÍA.—¿Lord Leicester?

SHREWSBURY.—Nada temáis de su parte. No desea vuestra ruina... Obra suya es que la Reina haya accedido á veros.

MARÍA.—¡Ay de mí! Bien lo sabia.

SHREWSBURY.—¿Qué decís?

PAULET.—¡La Reina viene! (Todos se apartan; sólo se queda María, apoyada en Ana.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS; ISABEL, el CONDE DE LEICESTER y séquito.

ISABEL. (A Leicester.)—¿Cómo se llama este lugar?

LEICESTER.—El castillo de Fotheringhay.

ISABEL. (A Shrewsbury.)—Despedid para Londres á nuestros monteros. El pueblo me agobia y me molesta en las calles, y buscamos descanso en este tranquilo parque. (Talbot hace alejarse al séquito. Ella mira fijamente á María, mientras prosigue hablando con Leicester.) Mis buenos súbditos me aman demasiado. Con harto exceso, como idólatras, me muestran su contento, aunque así se adore á Dios, no á los mortales.

MARÍA. (Que, medio desmayada, mientras tanto, en los brazos de Ana, se repone, encontrándose sus ojos con la mirada fija de Isabel. Tiembla entonces, y oculta de nuevo su rostro en el seno de su nodriza.)—¡Oh, Dios! Sus facciones revelan que no tiene sentimientos.

ISABEL.—¿Quién es esa señora? (Silencio general.)

LEICESTER.—Estáis, oh Reina, en Fotheringhay.

ISABEL. (Como atónita, mirando severamente á Leicester.)—¿Quién ha hecho esto, lord Leicester?

LEICESTER.—Ya está hecho, Reina... y que el cielo ahora, que ha guiado aquí vuestros pasos, conceda el triunfo á la magnanimidad y á la compasión.

SHREWSBURY.—¡Que se apiade vuestro corazón, noble se-

ñora! Dignaos mirar con dulzura á la desdichada, que así se desmaya á vuestro aspecto. (María recobra sus fuerzas é intenta aproximarse á Isabel; pero se detiene silenciosa y temblando á la mitad del camino; todos sus ademanes indican la más violenta agitación.)

ISABEL.—¿Es posible, milores? ¿Quién me dijo, pues, que su humildad era tan grande? Encuentro una mujer llena de orgullo, no aleccionada por la desgracia.

MARÍA.—¡Sea, pues; sufriré también este dolor! ¡Adiós, por tanto, dignidad impotente de un alma noble! ¡Quiero olvidar quién soy y lo que he padecido; quiero prosternarme ante la misma á quien debo mi oprobio! (Vuélvese hacia la reina.) El cielo, hermana, se ha decidido en vuestro favor. La victoria ornó vuestra cabeza afortunada con la corona de la victoria, y yo adoro al Dios que os ha ensalzado. ¡Pero sed ahora generosa, hermana mía! ¡No me dejéis sumida en la vergüenza! ¡Tendedme vuestra real mano para arrancarme de este abismo!

ISABEL. (Retrocediendo.)—Os encontráis en donde debéis, lady María. Llena de gratitud estoy para con Dios, que no ha consentido que yo me halle á vuestros pies, como lo estáis á los míos.

MARÍA. (Con creciente pasión.)—Reflexionad en la inestabilidad de las cosas humanas, y en que hay deidades vengadoras del orgullo. Honradlas, temedlas, porque con su horrible poder me han traído á vuestros pies... honraos vos misma en mí, ante estos testigos extraños; no profanáis, no insultéis la sangre de los Tudor, que corre en mis venas, como en las vuestras... ¡Oh, Dios del cielo! No te muestres áspero é inaccesible, como los escollos que el náufrago se esfuerza en alcanzar vanamente. ¡Mi vida, mi destino, todo depende de mis palabras y del poder de mis lágrimas! Abrid mi corazón para que conmueva el suyo. Si me miráis glacialmente, mi pecho se oprime temeroso, se

seca el torrente de mis ojos, y un frío terror encadena mis frases suplicantes en lo íntimo de mi sér.

ISABEL. (Con indiferencia y severidad.)—¿Qué tenéis que decirme, lady Estuardo? Habéis querido hablarme. Prescindo de ser Reina, profundamente ofendida, por cumplir los piadosos deberes de la hermana, y os favorezco permitiendo que disfrutéis de mi presencia. Sigo los impulsos de mi bondad, exponiéndome á una justa crítica al rebajarme tanto... porque os consta que habéis intentado asesinar-me.

MARÍA.—¿Cómo empezaré, para que sean discretas mis palabras, y os conmuevan y no os ofendan? ¡Oh Dios! Infunde elocuencia en mis palabras, y aparta de ellas el aguijón que pudiera herir. No puedo defenderme sin acusaros gravemente, y no lo quiero... Me habéis tratado como no era justo, porque soy Reina como vos, y me habéis retenido prisionera. Vine á buscaros suplicante; y violando en mi los santos deberes de la hospitalidad y el sagrado derecho de las gentes, me encerrasteis entre las paredes de un calabozo. Arrebatáronme cruelmente mis amigos y servidores; tratósen-me mezquinamente, y se me sometió á un tribunal injusto. Pero no hablemos más de esto. Que los horrores, sufridos por mí, queden envueltos en eterno olvido... ¡Mirad! Lo califico de fatalidad, y no os atribuyo culpa, como yo tampoco la tengo. Del Averno surgió un espíritu maligno, para encender el odio en nuestro corazón, separándonos ya en nuestra tierna juventud, y creció con nosotros, y hombres perversos atizaron esa llama funesta, é insensatos fanáticos armaron de espada y puñal manos no llamadas á empuñarlos... Tal es la suerte fatal de los reyes; sus discordias llenan el mundo de rencores, y toda desunión desencadena las furias del infierno... Ahora no se interpone nadie entre nosotros. (Acércase á ella confiada, y le habla con acento cariñoso.) Estamos ambas frente á frente. ¡Decid cuanto os agrade, oh hermana mía! Acu-

sadme, y yo os daré satisfacción cumplida. ¡Ah! ¿Por qué no me disteis audiencia, cuando con tanto empeño os la pedía? No hubiésemos ido tan lejos, y ahora no celebraríamos esta triste entrevista, en lugar tan siniestro.

ISABEL.—Mi buena estrella me ha preservado hasta ahora de calentar una vibora en mi seno... No acusad al destino, sino á vuestro corazón perverso, y á la ambición insaciable de vuestra casa. Ningún disturbio había ocurrido entre nosotras, y ya vuestro tío, ese sacerdote tan orgulloso como dominante, que pone su osada mano en todas las coronas, os inspiró sentimientos hostiles hacia mí, os persuadió que tomaseis mis armas, que os apropiaseis mi título de Reina, y luchaseis conmigo á vida ó muerte... ¿A quién no ha excitado contra mí? La lengua de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las armas temibles del fanatismo religioso. Aquí mismo, en mi pacífico reino, fomentó en daño mío el fuego de la sedición... Pero Dios me protege, y ese sacerdote arrogante no ha obtenido el triunfo; amenazaban á mi cabeza, y la vuestra es la que cae.

MARÍA.—¡Yo estoy en manos de Dios! No abusaréis tan sanguinariamente de vuestro poder...

ISABEL.—¿Quién ha de impedirlo? Vuestro tío ha dado el ejemplo á todos los reyes de la tierra, de cómo se hace la paz con los enemigos. ¡Sirvame de lección la Saint Barthélemy! ¿Qué me importan los vínculos de la sangre, ni el derecho de gentes? La Iglesia rompe todos los lazos del deber, santifica el perjurio y el regicidio, y yo hago tan sólo lo que vuestros sacerdotes enseñan. Decidme, ¿qué garantía me daríais en favor vuestro, si yo rompiera generosamente vuestras cadenas? ¿Con qué cerradura guardaría yo vuestra fidelidad, que no pudiera abrirla la llave de San Pedro? Sólo la fuerza es la seguridad, y no hay alianza posible con la raza de las víboras.

MARÍA.—¡Oh! ¡Triste y de mal agüero es vuestra sospe-

cha! Siempre me habéis mirado como á enemiga y extranjera. Si me hubieseis declarado heredera vuestra, como me corresponde de derecho, la gratitud y el afecto os hubiesen dado en mí una fiel amiga y hermana.

ISABEL.—Vuestra amistad, lady Estuardo, está fuera de este reino; vuestra familia es el papado, y vuestro hermano el fraile... ¡Declararos mi heredera! ¡Lazo engañoso! Porque, en vida mía, sedujerais á mis súbditos, como otra pérfida Armida, y atrajeráis á vuestras redes con astucia amorosa á los mancebos nobles de mi reino, para que todos se volbiesen hacia el nuevo astro, mientras yo...

MARÍA.—¡Reinad en paz! Yo renuncio á toda pretensión á vuestra corona... ¡Ay de mí! Paralizados están los vuelos de mi alma, y ya nada grande me lisonjea... Habéis logrado vuestro objeto, y yo soy sólo la sombra de María. En el largo desmayo de la cárcel se ha desvanecido mi noble orgullo... Me habéis reducido al último extremo, me habéis destruído en la flor de mi edad... ¡Acabad al fin, hermanas! Decid, al cabo, cuál ha sido el propósito de vuestra venida, porque yo no puedo creer que lo hayáis hecho tan sólo para burlaros cruelmente de vuestra víctima. ¡Decidlo, pues! Decidme: «¡Sois libre, María! He ejercido hasta ahora mi poder; sabed hasta dónde llega mi generosidad!» Decidlo, y de buen grado consideraré mi vida y mi libertad como un presente recibido de vuestra mano... una palabra sola, y lo pasado se borra. Yo la espero. ¡Oh! ¡Que no la aguarde largo tiempo! ¡Ay de vos si no la pronunciáis, porque si ahora, oh hermana, no os separáis de mí como una divinidad gloriosa y benéfica...! Ni por toda esta rica región, ni por todos los países que abraza el vasto mar, quisiera yo presentarme á vuestra vista como os presentáis á la mía.

ISABEL.—¿Conque al fin os confesáis vencida? ¿Es efecto de vuestras tramas? ¡No hay ya en campaña asesino alguno? ¿No hay ya ningún aventurero, que ose arriesgar en favor

vuestro alguna triste hazaña de caballería?... ¡Sí; ya se acabó, lady María! ¡Ya no seduciréis á nadie! Otros cuidados preocupan al mundo. A nadie agrada ya ser vuestro... cuarto marido, porque dais la muerte á vuestros amantes, como á vuestros esposos.

MARÍA. (Indignada.)—¡Hermana, hermana! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Dáme sólo moderación!

ISABEL. (Después de mirarla largo rato con orgulloso desprecio.)—¿Esos, oh lord Leicester, son los encantos, que ningún hombre puede contemplar impunemente, superiores á los de todas las demás mujeres? ¡Parece imposible! A poca costa ha adquirido esa fama, porque sólo cuesta, para ser una beldad para todos, el pertenecer también á todos.

MARÍA.—¡Esto es demasiado!

ISABEL. (Sonriendo burlescamente.)—¡Mostradnos ahora vuestro rostro verdadero, porque hasta ahora sólo hemos visto una máscara!

MARÍA. (Cólerica, pero con noble dignidad.)—He cometido mis faltas, humanas y propias de la edad juvenil. El poder me sedujo, pero nada he ocultado bajo el velo del misterio, ni avergonzádome de manchar la grandeza soberana con falsos oropelos. El mundo conoce mis actos más vituperables, y puedo afirmar que soy mejor de lo que predica la fama. ¡Ay de vos el día en que se levante el manto de falso honor que vuestro disimulo arroja sobre el desenfrenado ardor de vuestros placeres prohibidos! No habéis heredado la honestidad de vuestra madre, porque harto sabemos cuáles son las virtudes que llevaron al cadalso á Ana Bolena.

SHREWSBURY. (Interponiéndose entre ambas Reinas.)—¿A tal extremo habíamos de llegar, Dios del cielo? ¿Es eso moderación, es eso docilidad, lady María?

MARÍA.—¿Moderación? He sufrido cuanto puede sufrir un sér humano. ¡Adiós, pues, resignación de cordero! ¡Re-

fúgiate en otro mundo, dolorosa paciencia! ¡Rompe al fin las ataduras, sal de tu caverna, cólera largo tiempo reprimida! ¡Y tú, que al irritado basilisco dotaste de mirada mortal, pon en mi lengua el dardo emponzoñado!

SHREWSBURY.—¡Oh! ¡Está fuera de sí! ¡Perdonad á esa insensata, perdonad su ira extremada! (Isabel, muda de rabia, mira á María con ojos inflamados.)

LEICESTER. (Muy inquieto, esforzándose en llevar de allí á Isabel.)—¡No escuchéis á esa furiosa! ¡Huyamos, huyamos de este lugar infausto!

MARÍA.—El trono de Inglaterra se ve manchado por una bastarda, y engañado el noble pueblo británico por una astuta hipócrita... Si rigiera la justicia, yacerais ante mí en el polvo, porque yo sola soy vuestra Reina. (Isabel se va á paso rápido, y los tores la siguen en tropel.)

ESCENA V.

MARÍA Y ANA.

ANA.—¡Oh! ¿Qué habéis hecho? ¡Vase colérica! ¡Todo se acabó! ¡Se desvaneció la última esperanza!

MARÍA. (Fuera de sí.)—¿Que se va colérica? ¡Lleva la muerte en el corazón! (Abrazando á Ana.) ¡Oh, Ana, cuán grande es mi contento! ¡Al cabo, al cabo, tras años enteros de humillación, de dolores, llegó al fin el momento de la venganza, el momento del triunfo! El peso de una montaña no oprime ya mi alma. He hundido el puñal en el pecho de mi enemiga.

ANA.—¡Desventurada! El delirio os arrastra. Habéis ofendido á una mujer implacable. Ella dispone del rayo, es Reina y la habéis insultado ante su amante.

MARÍA.—La he escarnecido en presencia de Leicester. Él lo ha visto, ha asistido á mi triunfo; cuando la precipité desde su altura, estaba él allí, y su proximidad aumentaba mi energía.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y MORTIMER.

ANA.—¡Oh, señor! ¡Qué resultado...

MORTIMER.—¡Todo lo he oído! (Hace señal á Ana de que se ponga de centinela y se acerca más. Toda su traza indica una pasión violenta é invencible.) ¡Habéis vencido! La habéis sumido en el polvo. ¡Erais la Reina, y ella la culpable! Vuestro valor me ha entusiasmado, y os adoro como á una deidad grande y gloriosa, puesto que tal sois para mí en este instante.

MARÍA.—¡Hablasteis con Leicester y le entregasteis mi carta y mi retrato?... ¡Responded, caballero!

MORTIMER. (Devorándola con los ojos.)—¡Qué esplendor os prestaba vuestra cólera, tan regia como noble! ¡Cuánto! aumentaba vuestros encantos! ¡Sois la mujer más bella de mundo entero!

MARÍA.—¡Ruégoos, caballero, que satisfagáis mi impaciencia! ¿Qué replicó milord? ¡Oh! decid, ¿qué puedo yo esperar?

MORTIMER.—¿Quién? ¿Él? ¡Un cobarde, un miserable! ¡Nada esperéis de él; despreciadlo, olvidadlo!

MARÍA.—¿Qué os dijo?

MORTIMER.—¡Salvaros él y poseeros? ¿Él á vos? ¿Osarlo tan solo? ¿Osarlo él? ¡Tendría que combatir conmigo á muerte!

MARÍA.—¿No le habéis entregado mi carta?... ¡Oh! entonces todo terminó.

MORTIMER.—Ese cobarde ama la vida. Quien quiera salvaros y llamaros suya, ha de abrazarse á la muerte con valor.

MARÍA.—¿Nada quiere hacer por mí?

MORTIMER.—No hablemos más de él. ¿Qué puede hacer, y para qué lo necesitamos? ¡Yo me propongo libertaros, yo solo!

MARÍA.—¡Ay de mí! ¿Qué podéis hacer?

MORTIMER.—No os engañéis, como si vuestra situación actual fuese la misma que ayer. Atendiendo á la manera con que se separó la Reina de vos y terminó vuestra entrevista, todo se ha perdido, toda esperanza de clemencia acabó ya. Ahora es menester obrar; la audacia ha de decidir; hay que jugar el todo por el todo, y habéis de ser libre antes de aparecer el día de mañana.

MARÍA.—¿Qué decís? ¿Esta noche? ¿Es esto posible?

MORTIMER.—Oid lo que he resuelto. He reunido á mis compañeros en una capilla secreta. Un sacerdote nos ha confesado, y nos ha absuelto de todos los pecados cometidos, y de los que podamos cometer. Hemos recibido los últimos sacramentos, y estamos preparados para el viaje final.

MARÍA.—¡Oh! ¡Qué horribles preparativos!

MORTIMER.—Esta misma noche asaltamos el castillo. Las llaves están en mi poder. Matamos los centinelas, os arrancamos á la fuerza de vuestra prisión, y todos han de morir á nuestras manos, para que no quede nadie que pueda revelar el rapto.

MARÍA.—¿Y Drury y Paulet, mis carceleros? Ellos vertían más bien la última gota de su sangre...

MORTIMER.—Caerán los primeros, heridos por mi puñal.

MARÍA.—¿Cómo! ¿Vuestro tío, vuestro segundo padre?...

MORTIMER.—¡Morirá á mis manos! Yo le mataré.

MARÍA.—¡Sangriento crimen!

MORTIMER.—¡Me han absuelto de todos ellos! Me atrevo á cometer las mayores extremidades, y quiero hacerlo.

MARÍA.—¡Eso es horrible, es horrible!

MORTIMER.—¡Y asesinaré á la Reina, porque lo he jurado sobre la hostia consagrada!

MARÍA.—¡No, Mortimer! Antes que se derrame tanta sangre por mi causa...

MORTIMER.—¿Qué significa para mí la vida de todos los hombres, comparada con vos y con mi amor? Rómpanse los lazos que sujetan al orbe, y que un nuevo diluvio ahogue á cuanto respira... ¡Nada respeto ya! ¡Que llegue el fin del mundo antes que yo renuncie á vos!

MARÍA. (Retrocediendo.)—¡Dios mío! ¡Qué lenguaje, Señor!... ¡qué miradas!... ¡me asustan, me espantan!

MORTIMER. (Con ojos extraviados, y expresando un secreto delirio.)—La vida es un segundo de tiempo, y la muerte otro. ¡Que me lleven arrastrando á Tyburn! ¡que arranquen uno á uno mis miembros con tenazas ardiendo... (Acercándose á ella de repente con los brazos abiertos.) con tal que yo te abrace, oh tú, amada por mí entrañablemente!...

MARÍA. (Retrocediendo.)—¡Atrás, insensato!

MORTIMER.—Ese pecho, esos labios que respiran amor...

MARÍA.—¡Por Dios, caballero! ¡Dejadme entrar!

MORTIMER.—Delira sin duda quien no retiene la dicha en un abrazo infinito, cuando Dios la pone á su alcance. Quiero salvaros, aunque me cueste diez vidas, y te salvaré, porque quiero, tan cierto como Dios existe, y lo juro, juro que quiero poseerte!

MARÍA.—¡Oh! ¡Ningún Dios, ningún ángel me protegerá. ¡Horrible destino el mío! Me llevas iracundo de un terror á otro. ¿He nacido tan solo para excitar el delirio? El odio y el amor ¿se han de conjurar para espantarme?

MORTIMER.—Sí; yo te amo con tanto ardor como ellos te odian. Quieren decapitarte, cortar con el hacha del verdugo ese cuello de blancura deslumbradora. Consagra, pues, al Dios, que alegra la vida, lo que ha de sacrificarse al odio sanguinario. Con estos encantos, que ya no son tuyos, bendice á tu dichoso amante. ¡Que los bellos rizos y el sedoso cabello, porción ya del sombrío poder de la muerte, sirvan para encadenar perpetuamente á tu esclavo!

MARÍA.—¡Oh! ¡Qué palabras me veo obligada á oír! Mi desdicha, mis sufrimientos, ya que no mi dignidad de Reina, debieran infundiros respeto.

MORTIMER.—La corona ha caído ya de tu cabeza, y nada te resta de tu majestad terrestre. Pero prueba á mandar; da tus órdenes, y verás si se presenta un salvador, un amigo. Sólo te queda tu rostro encantador y el poder divino de tu incomparable belleza, que me hace tentarlo y aventurarlo todo, y hasta someterme al hacha del verdugo.

MARÍA.—¡Oh! ¿Quién me librárá de su furor?

MORTIMER.—Un servicio peligroso exige proporcionada recompensa. ¿Por qué vierte el valiente su sangre? La vida es el bien supremo, é insensato el que la prodiga vanamente. ¡Quiero antes descansar en tu ardoroso seno! (La estrecha con fuerza contra su pecho.)

MARÍA.—¡Oh! ¿Es menester que yo pida auxilio contra el hombre que ha de ser mi libertador?...

MORTIMER.—¡No eres insensible! El mundo no acusa tu frialdad, y la ferviente súplica del amor puede conmoverte. Tú hiciste feliz al cantor Rizio, y Bothwell supo seducirte.

MARÍA.—¡Temerario!

MORTIMER.—¡Sólo era tu tirano! Temblabas ante él cuando le amabas; pero si sólo el miedo puede conquistarte, ¿por el Dios del cielo!...

MARÍA.—¡Dejadme! ¿Estáis loco!

MORTIMER.—¡También temblarás ante mí!

ANA. (Entrando precipitadamente.)—¡Alguien viene! ¡Que llegán! Gentes armadas llenan todo el jardín.

MORTIMER. (Reponiéndose, y empuñando su espada.)—Yo os defenderé.

MARÍA.—¡Oh Ana! ¡librame de sus manos! ¿En dónde encontraré yo, ¡ay de mí, desventurada! un lugar de refugio? ¿Qué santo invocaré? Aquí la violencia, allí la muerte. (Huye hacia la casa, seguida de Ana.)

ESCENA VII.

MORTIMER; PAULET y DRURY, que entran precipitadamente, fuera de sí. Su séquito acude también á la escena.

PAULET.—¡Cerrad las puertas! ¡Levantad los puentes!

MORTIMER.—Tío, ¿qué hay?

PAULET.—¿En dónde está la asesino? ¡Abajo con ella, al calabozo más oscuro!

MORTIMER.—Pero ¿qué hay? ¿qué sucede?

PAULET.—¡La Reina! ¡Malditas manos! ¡Osadía diabólica!

MORTIMER.—¡La Reina! ¿Qué Reina?

PAULET.—¡La de Inglaterra! ¡La han asesinado en las calles de Londre. Entra corriendo en la casa.)

ESCENA VIII.

MORTIMER, y poco después OKELLY.

MORTIMER.—¿He perdido acaso el juicio? Ahora mismo, como acaba de pasar alguno, exclamando: «Han asesinado á la Reina?» No, no; estoy soñando. Mi fiebre me ofrece á los sentidos, como verdaderas y reales, las imágenes sombrías que ocupan mi mente. ¿Quién viene? Es Okelly. Tan asustado...

OKELLY. (Entrando precipitadamente.) — ¡Huid, Mortimer! ¡Huid! ¡Todo se ha perdido!

MORTIMER.—¿Qué se ha perdido?

OKELLY.—¡No preguntéis más! Pensad sólo en huir pronto.

MORTIMER.—¿Qué hay, pues?

OKELLY.—¡Savvaje, el insensato, dió el golpe!

MORTIMER.—¿Es cierto?

OKELLY.—¡Verdad, verdad! ¡Oh! ¡Salvaos!

MORTIMER.—¡Ha muerto, y Maria subirá al trono de Inglaterra!

OKELLY.—¡Asesinada! ¿Quién lo ha dicho?

MORTIMER.—Vos mismo.

OKELLY.—¡Vive! Vos y yo estamos consagrados á la muerte.

MORTIMER.—¿Vive?

OKELLY.—Se erró el golpe; lo recibió su manto, y Shrewsbury desarmó al asesino.

MORTIMER.—¿Vive?

OKELLY.—Vive para perdernos á todos. ¡Venid, porque están ya cercando el parque!

MORTIMER.—¿Quién ejecutó esa acción insensata?

OKELLY.—El barnabita de Tolón, á quien visteis sentado pensativo, cuando el fraile pronunció el anatema lanzado contra la Reina por el Papa. Quiso emplear el medio más eficaz y breve para libertar con un golpe atrevido á la Iglesia de Dios, y ganar la corona del martirio. Sólo al confesor confió su secreto, y lo puso en práctica en el camino de Londres.

MORTIMER. (Después de largo silencio.)—¡Destino cruel y furioso te persigue, oh desdichada! Ahora... sí; ahora has de morir, porque tu ángel de la guarda prepara ya tu ruina.

OKELLY.—Decid, ¿á dónde huis? Yo corro á ocultarme en los bosques del Norte.

MORTIMER.—¡Huid, pues, y que Dios os guíe! Yo me quedo. Intentaré todavía salvarla; y si no lo logro, moriré sobre su féretro. (Vanse en distintas direcciones.)